

CORTES DE TAJUÑA

En uno de los rincones más escarpados y pintorescos del este de la provincia de Guadalajara se encuentra el pequeño pueblecito de Cortes de Tajuña. Como bien indica su nombre, en su descenso hacia el Sur, el río Tajuña va cortando la roca que se abre a su paso formando un abrupto desfiladero y dando lugar a uno de los enclaves más bellos y singulares de la Alcarria Norte. Situado a los pies del pico de Peña Rubia y del cerrillo del Cabezuelo, se rodea de olmos, encinas y aromáticas plantas como el tomillo, el espliego y el enebro, así como de multitud de especies de aves rapaces que buscan guarida en las oquedades de las rocas cercanas. Se encuentra a unos 80 km de la capital, Guadalajara, desde la que se accede por la A-2 en dirección Zaragoza tomando el desvío por Torresaviñán.

De su pasado medieval nos hablan los restos que junto al río se amontonan a mitad de camino entre Luzaga y Cortes, donde se encuentra una antigua casona para una comunidad de frailes, en la llamada finca de Albalate, rodeada de huertos y molinos, y en cuya cima se sitúa una torre vigía semiderruida. Muy cerca de ella podemos ver la ermita de Albalate, de pasado templario. Esta descripción es, por tanto, uno de los puntos de partida del pasado histórico del municipio, puesto que apenas quedan datos sobre su origen remoto hasta llegar a la Edad Media.

Tras la reconquista de todas las tierras que ocupaban la marca media, se inicia el proceso de repoblación hacia el siglo XII. Cortes de Tajuña quedó incluido en el Común de Medinaceli, cuyos límites abarcan desde el norte de la provincia hasta el sur, al paso del río Tajo. Hacia el siglo XV quedó incluido en el Ducado de Medinaceli bajo el poder de la familia de la Cerda, en el que permaneció hasta el siglo XIX, momento en el que pasó a ser villa independiente. Durante el siglo XX fue uno de los enclaves idóneos para el refugio de tropas durante la guerra civil, y en la actualidad pasa por ser un lugar de descanso y turismo para muchos de los visitantes que recorren la Alcarria.

Iglesia de El Salvador

SE TRATA DE UN EDIFICIO que conserva partes originales de tradición románica del siglo XIII, aunque tanto en planta como en el interior ha sido bastante reformado durante los siglos XVI y XVII. Se encuentra cercado en el lado sur por un recinto murado de media altura que va desde la espadaña hasta la cabecera, realizado a posteriori. La planta original románica era de una sola nave rectangular de poca altura, con espadaña a los pies y ábside semicircular a poniente. Esta estructura se modificó en la época de la ampliación: se elevó la altura de la nave, se añadió un crucero que sobresale en volumen, se reconstruyó la espadaña y una estancia más para sacristía en el brazo sur del crucero. Se nota claramente la diferencia entre las fábricas de las partes originales y las de las nuevas dependencias del siglo XVI.

Es, por tanto, un edificio que se construyó originalmente con muros de mampostería, con cadenas de sillar en las esquinas y en el recercado de los vanos; conserva también los canes de piedra, que se alojan bajo el alero del ábside y de los muros norte y sur de la nave. En la panda meridional se encuentra uno de los elementos originales del templo, la portada románica, alojada bajo un moderno pórtico de madera. Siguiendo las directrices del románico rural, austero y muy sencillo, la portada se articula en torno a un arco de medio punto, del que salen dos arquivoltas, la interior, dovelada, la exterior, con escueta decoración de bocel que continúa por el intradós. Se remarca el conjunto por una chambrana lisa, típica del románico, que apoya en una cornisa, como las arquivoltas, y éstas, a su vez, sobre pilastras planas sin ningún tipo de decoración adicional.



Vista exterior de la iglesia

Sobre la portada, el paramento meridional muestra el alero recorrido por canes de tradición románica, que posiblemente fuesen reutilizados después de la reforma de la iglesia, igual que ocurre con los canes del muro norte, siendo éstos de decoración geométrica, modillones de rollo, de factura muy sencilla y tosquedad, que se asemejan a la talla de los encontrados en otros templos cercanos, como Luzaga o Villaverde del Ducado. La diferencia de volúmenes al exterior se percibe claramente con la altura del crucero y de la sacristía, de época posterior a la románica, cuya fábrica es de mampostería rematada por una cornisa moldurada. El ábside semicircular, vestigio de la primitiva iglesia, queda casi encerrado por dos de sus lados al adosarle dichas dependencias posteriormente. Ha perdido el cuerpo del presbiterio por la disposición de los brazos del crucero en las pandas norte y sur. Tan sólo se observa del ábside la parte más oriental, en la que se apre-

cia el mampuesto de su muro revocado en sucesivas restauraciones, y un reducido vano central de medio punto abocinado al interior, que se encuentra cegado. Remata el ábside en una línea de canecillos de idéntica tipología que los descritos anteriormente.

Finalmente, a los pies de la iglesia se encuentra la espadaña triangular, reformada sobre la románica. De dos cuerpos, el inferior hasta la altura de la nave, de diferente fábrica que el superior, en el que se abren dos vanos de medio punto para las campanas, cerrándose todo el cuerpo por los tres lados restantes.

Al interior la iglesia no presenta muchas novedades; la nave rectangular tiene sus paramentos lisos revocados en yeso con el único soporte para la techumbre que el de los propios muros. La cubierta, a modo de artesa, se realiza en madera, con dobles tirantes apoyados sobre ménsulas. La cubierta acaba donde se abre paso el arco triunfal del cru-



Canecillo

Ábside



Portada



cero de medio punto, apoyado sobre pilastras. A ambos lados se sitúan los brazos del crucero, donde se abren sendas capillas con altares barrocos y cubierta de bóveda de arista. Ya en la parte central del crucero, correspondiente al cimborrio, se cubre con una cúpula poligonal que se apoya en parte del muro del ábside, que queda reducido a un tercio de su amplitud. Finalmente, ocupando el hemisiclo, se halla un retablo del siglo XVI dividido en tres calles y tres cuerpos, en los que se disponen unas interesantes tablas pictóricas que reflejan pasajes de la vida de Cristo, entre los cuales sobresalen los de la Presentación y la Crucifixión, en la calle central.

Texto: EJM - Fotos: EJM/ABFM

Bibliografía

AZCÁRATE RISTORI, J. M. de, 1983, I, pp. 232-233; BLÁZQUEZ GARBAJO-SA, A., 1988, pp. 49-58; HERRERA CASADO, A., 1988a, p. 511; LAYNA SERRANO, F., 1935 (2001), p. 200; MADDOZ, P., 1845-1850 (1987), II, p. 582; MIÑANO, S. de, 1826 (2001), I, p. 170; RANZ YUBERO, J. A., 2007, p. 73; RUIZ MONTEJO, I., FRONTÓN SIMÓN, I. y PÉREZ CARRASCO, F. J., 1992, p. 261; SERRANO BELINCHÓN, J., 2004, pp. 131-133.